Pero eran tres contra uno; tres á quienes tambien sobraba valor, y la fuerza numérica les infundia aliento para combatir con la seguridad del triunfo.

A una voz, dada por el que hacia cabeza, le atacaron á un tiempo, dos por delante cerrándole el paso, y el tercero por la espalda, descargando á la vez sus espadas, una de las cuales fué á herirle en el hombro izquierdo.

Al ver correr la sangre de su cuerpo, la ira se apoderó de su corazon, y se lanzó sobre los que le impedian el paso.

En vano trataron de oponerse á su esfuerzo. A un terrible tajo, descargado con toda la fuerza que da la desesperacion, la espada de uno de ellos voló á larga distancia, quedando desarmado; y la túnica del otro se vió traspasada por la punta del acero del valiente asaltado.

Todo parecia favorecerle.

El frente lo tenia ya sin enemigos para poder dirigirse hácia Pompeya.

Pero su mismo esfuerzo y pujanza detuvieron su paso.

La espada habia penetrado con tal fuerza por el ropage de su contrario, pero sin tocarle el cuerpo, que no le fué posible sacarla con la velocidad precisa, y mientras se esforzaba en desembarazarla, el enmascarado que tenia á la espalda, descargó su espada sobre la cabeza de la víctima, que vino al suelo sin vida, á la vez que el caballo partia sin ginete.

Al ¡ay! de muerte lanzado entre las sombras, y que se dejó escuchar mas penetrante y terrible en medio del silencio de los campos, los asesinos se alarmaron, y, horrorizados de su crímen, se alejaron, al galope, del sitio de la sangrienta escena.

Poco despues se perdieron entre las sombras.

El galope de los caballos dejó de oirse.

El silencio mas profundo reinó en seguida.

El cadáver, vertiendo en abundancia la sangre de la ancha herida, por donde huyó su existencia, quedó tendido entre el polvo del camino, abandonado del mundo entero.

¿Qué era entre tanto de la afligida Ione?

CAPITULO XXXIII.

ARBACE Y IONE.—AFLICCION DE ESTA.—UNA LUCHA.—EL TERREMOTO.—CONSECUENCIAS DE EL.

Al terminar uno de nuestros anteriores capítulos, dejamos á Ione acosada por Arbace que trataba de alcanzar de ella la promesa de que seria su esposa.

La desgraciada jóven, comprendiendo que dar su palabra equivalia á renunciar para siempre á su felicidad, buscó todos los medios que creyó convenientes para persuadir al egipcio lo conveniente que era que le diese algunos dias para resolver.

—Os he respetado como á un padre—exclamó la hermosa—os he apreciado como á mi maestro y tutor, os he querido como á un amigo: ¿cómo quereis que todos estos afectos se cambien de repente por el de apasionada amante? Vos, que conoceis el mundo; vos, que comprendeis como nadie lo que es el corazon humano; vos, que estimais que se obre por conviccion, y no por mandato impuesto, concededme, como os he pedido, tres dias solamente para meditar y resolver.

—¿Dudais de mi amor?

—No.

—¿Dudais de mi honradez?

—Tampoco.

—¿Dudais de que pondré de mi parte todos los medios para haceros feliz en el mundo?

—De ninguna manera.

—Pues entonces.....

—Es que para dar la felicidad, no basta el que se anhele darla: la voluntad nada vale, si el corazon de la persona que se quiere favorecer, no puede recibirla.

—¿Luego vuestro corazon rechaza el bien que yo le brindo?—dijo Arbace dejando ver en su semblante y su mirada las señales de la soberbia y de la ira.

—No; pero.....

—¡Acabad!

—Deseo tiempo para meditar.

—No: lo que deseais es ganar tiempo para engañarme..... para libraros de mí..... para salir de este sitio á que sentís con el alma haber venido.....

—¿Creeis.....? —exclamó Ione temblando.

—Sí; en vuestro semblante estoy leyendo vuestro deseo de ausentaros de mi lado..... vuestra hipocresía..... vuestra doblez.....

—Señor.....

—¿Preferís á Glauco?..... —pronunció con voz de trueno el egipcio.

Ione tembló; pero no profirió una palabra.

Asustada al ver el rostro severo de Arbace, juntó las manos, y miró al rededor de ella como buscando un defensor.

—Responded—gritó Arbace, rujiendo de cólera—¿Preferís á Glauco?

—Señor—exclamó temblando Ione—el afecto que os tengo y el que á él consagro son de distinta naturaleza.

—Es que yo ambiciono el que á él le consagrais: necesito que le olvideis..... que seais mia..... que seais mi esposa.....

—Señor.....

—Sí, mia: con ese objeto os he hecho venir á esta casa. Jurad ante esta imágen de Isis—exclamó asiéndola fuertemente de la mano y llevándola ante una estatua de la diosa que se ostentaba en la pieza—que me elejís por esposo: que os unireis á mí para siempre.

—¡Oh!..... dejadme—dijo Ione procurando desasirse de Arbace—no exijais de mí un juramento superior á mis fuerzas..... ¡Dejadme salir!.....

Y la hermosa jóven hacia terribles esfuerzos por soltar su mano de la del egipcio que la sujetaba.

—Es inútil vuestra resistencia..... Yo os brindo la felicidad: jurad que sereis mia.

—¡Jamás!..... —exclamó Ione con una fiereza y energía que asombraron al egipcio.

—Bien; vos pronunciais la sentencia de muerte de Glauco—dijo Arbace, comprendiendo que por la fuerza nada podria conseguir.—Sí..... vos pronunciais la sentencia de muerte de ese hombre, que en este instante se encuentra en mi poder.

—¡Que escucho!..... —exclamó aterrada la jóven—¡en vuestro poder!.....

—Sí.

—¡Imposible!

—Es cierto.

—¿Le habeis tendido un lazo infame como á mí?

—Sin duda.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de obligaros á que seais mia.

—¡Yo vuestra!.....

—Sí, vos; y lo sereis.

—Me asustais.

—He mandado que se apoderen de él para obligaros á que elijais entre su muerte y mi amor.

—¡Oh!..... pero eso es horrible!.....

—Sí; horrible como los celos que yo he sufrido hasta este instante!

—¡Glauco en vuestro poder!.....

—Elejid, entre mi amor y su muerte.

—¡Vuestro amor!..... ¡Su muerte!.....

—Si anhelais su vida, jurad que sereis mia.

—¡Por piedad!.....

—¿La teneis vos de mí acaso?.....

—Pero.....

—Jurad, jurad.

—¡Imposible!.....

—Entonces, morirá.

—¡Oh!..... no; no sereis tan cruel.

—Morirá.

—¡Glauco..... Glauco!.....—gritó desolada Ione.

—En vano le llamais: gime preso muy lejos de aquí: vos podeis darle la libertad: en vuestra mano está su vida ó su muerte.

—¡Su vida!..... ¡Oh!..... no atenteis contra ella..... os lo suplico.

—Bien; pero jurad que sereis mia.

—¡Yo la esposa de un monstruo como vos!.....

—Es preciso.

—Pero ¿no hay justicia sobre la tierra?..... ¿No hay un sér que me libre del poder de un tirano?..... ¡Socorro..... socorro!.....

—En vano gritais: nadie vendrá en vuestro auxilio: vuestras voces mueren entre las paredes de este edificio en que no teneis un solo amigo.

—¡Mientes!.....—gritó un hombre presentándose de repente en la escena.—¡Mientes, infame, que yo vengo en su amparo!

Arbace volvió la cabeza, y vió á un jóven con los ojos resplandecientes de ira, que penetraba por la puerta de la estancia.

—¡Apoicide!.....—gritó Arbace rugiendo de ira.—¿Tú aquí?.....

—Si, yo que vengo á tomar terrible venganza!.....—exclamó Apoicide dirigiéndose indignado hácia el egipcio, para arrancar de sus brazos á su querida hermana.

—¡Por el infierno que pagarás tu osadía!.....

Y Arbace, al verse acometido, soltó á Ione que cayó desmayada sobre el pavimento.

Apoicide quiso marchar en socorro de su hermana, pero Arbace se lo impidió, arrojándose en aquel instante sobre él.

—Vas á pagar con la vida tu temeridad.—exclamó el egipcio.

—Yo vengo á arrancarte la tuya para salvar á la tierra de un monstruo!

Una terrible lucha se trabó entonces entre el hermano de Ione y el gran sacerdote de Isis.

Arbace, mas robusto y fuerte que su jóven adversario, trataba de estrecharle entre sus hercúleos brazos para sofocarle y vencerle.

El hermano de Ione, conociendo aquella superioridad, evitaba el intento del egipcio, y dotado de una rapidez de movimientos estratégicos, procuraba derribar á su contrario.

Los dos adversarios no tenian otras armas que las que la naturaleza les habia dado.

Arbace contaba con la fuerza.

En Apoicide residia la destreza.

La lucha continuaba por lo tanto con ciego furor.

Sin embargo, Arbace llevaba la ventaja.

Era la lucha de un gigante contra un niño.

El hermano de Ione, anhelando dar término á aquel combate para salvar á su hermana que yacia tendida, dió un salto hácia atras de Arbace, para sujetarle por la espalda.

El egipcio conoció la intencion, y volviéndose con una rapidez indecible, logró asir entre sus robustos brazos al jóven.

Este trató de soltarse, pero no pudo.

Arbace le tenia estrechado contra su pecho, encerrándole entre sus brazos como en un aro de hierro.

Apoicide, dominado por la idea de salvar á su hermana, hizo un esfuerzo supremo para desprenderse; pero no lo consiguió.

Sin embargo, no desmayó por esto.

Desesperado, y ardiendo en ira, logró colocar su barba en el pecho del egipcio, quien al estrecharle más y mas, sintió un dolor agudo y terrible.

Arbace trató de obligarle á levantar la cabeza; pero el jóven, viendo en aquel medio el único recurso de desprenderse de su contrario, se mantuvo en la misma actitud.

El egipcio, no pudiendo resistir el agudo dolor que sentia en el pecho á medida que estrechaba á su contrario, se vió obligado á darle mas amplitud.

Apoicide, aprovechando aquella oportunidad, hizo un esfuerzo, y logró desasirse de su infame enemigo.

Arbace y Apoicide se quedaron mirándose por un momento.

Ambos estaban fatigados y necesitaban tomar aliento para volver á la lucha con mas brío.

El hermano de Ione, sobre todo, se hallaba cansado en extremo por los terribles esfuerzos que habia hecho para romper el círculo de hierro en que habia estado encerrado.

Arbace lo comprendió así, y conociendo que su triunfo consistia en aprovechar los instantes, trató de lanzarse de nuevo sobre su adversario.

Apoicide, ligero como una pantera, se agachó para evitar su abrazo, y afianzándole por la cintura amenazaba arrojarle en tierra.

La posicion de Arbace era desventajosa.

Sus brazos pasaban por encima de su adversario, sin poder valerse de las manos para apoderarse de él.

El egipcio trató entonces de oprimir con todo el peso de su cuerpo al jóven, para no caer á tierra.

Apoicide se sintió abrumado; pero conociendo su posicion ventajosa, redobló sus esfuerzos para derribar á su contrario.

Arbace rujió desesperado.

Dominados por el despecho y por la ira, mientras el uno estrechaba la cintura de su enemigo para arrojarle al suelo, el otro procuraba aplastarle con su peso, dejando escapar gritos de rabia y de venganza.

Pero aquella lucha no podia prolongarse ya por mucho tiempo.

Los dos contrarios estaban muertos de fatiga, y á los dos les importaba dar pronto término á aquella escena.

Apoicide, conociendo que si no aprovechaba pronto la ventaja de posicion que tenia sobre el egipcio, no podria alcanzar el triunfo ni salvar á su hermana, hizo un esfuerzo supremo, y logró levantar en el aire á su adversario.

Arbace iba á caer; pero su mano tropezó con la estatua de la diosa Isis, de quien se afianzó para mantenerse en pié.

La vista de la diosa le inspiró un pensamiento que juzgó salvador.

Arbace conocia las preocupaciones religiosas de Apoicide, y queriendo aterrarle, imploró en alta voz el auxilio de la diosa á cuya columna se habia abrazado.

—Castiga al impío que se atreve á levantar su mano contra tu primer ministro—exclamó el egipcio con acento imponente dirijiéndose á la estatua.

Apoicide, sorprendido con aquellas palabras, fijó sus ojos en la diosa, cuyo rostro creyó ver animarse por la cólera.

Asustado ante el enojo de Isis, que su preocupacion religiosa le presentaba, palideció, sus rodillas chocaron, y sobrecogido de un pánico supersticioso, quedó sin valor y sin fuerzas delante de su enemigo.

Arbace aprovechó aquel momento en que el terror dominaba á su contrario.

Con la rapidez del águila y con la furia del tigre, se arrojó entonces sobre el hermano de Ione, sin darle tiempo á que volviese de su asombro y su estupor.

Apoicide trató de retirarse para ponerse á la defensiva; pero era ya tarde.

Arbace le tenia sujeto.

No le quedaba, pues, mas medio que el de luchar á brazo partido con toda la fuerza de la desesperacion.

Arbace le estrechó entonces contra su pecho, sin darle lugar á que se moviera.

—¡Muere, miserable!..... —exclamó el egipcio con acento espantoso—La poderosa diosa á quien has ofendido en su primer ministro, quiere que te inmole al pié de su altar! Mira en sus ojos y en su semblante pintados el enojo y la venganza contra tí!.....

Apoicide, aterrado de nuevo por aquellas palabras, se estremeció de espanto..... preocupado por la idea religiosa, perdió la fuerza y el valor.

El egipcio, al notar aquel cambio, le ciñó fuertemente, como un cincho de hierro.

Apoicide sintió que le faltaba la respiracion.... su rostro se puso pálido como el papel.... sus ojos se cerraron, y su cuerpo vino á tierra con terrible estrépito.

El egipcio dejó brillar en su rostro el placer del triunfo.

—¡Mia es tu hermana!—dijo mirando al jóven que apenas respiraba—Cuando vuelvas en tí, te verás encerrado, y Ione habrá sido mia!.....

Al concluir estas palabras, se sintió un violento terremoto.

Arbace, asustado, se dispuso á apoderarse de Ione para sacarla de aquel sitio.

La jóven recobraba en aquel instante los sentidos.

—¡Ven, hermosa, ven!.....—dijo bajándose para tomarla en sus brazos.

Ione le miró espantada.

La tierra tembló con mas fuerza en aquel momento.

Las cortinas de la pieza se agitaron como al soplo de un terrible huracan.

El pedestal en que estaba colocada la diosa Isis bamboleó con el sacudimiento de la tier

ra..... la estatua vaciló; y en el instante en que el egipcio levantaba á su pupila para llevársela, la cabeza maciza de la diosa, cediendo á la violencia del sacudimiento, fué á dar sobre el cuello y el hombro de Arbace, que, al golpe, cayó al suelo sin sentido.

Ione exhaló un grito espantoso.

En aquel momento se presentó un hombre en la estancia.

Al escuchar el grito de la jóven, se dirijió con indecible rapidez hácia ella, la tomó en sus brazos y salió precipitadamente de la pieza.

Apoicide, que recobraba sus sentidos y abria sus amortiguados ojos, dejó escapar una exclamacion conmovedora al ver desaparecer á su hermana.

Recobrando de repente sus fuerzas, se levantó rápidamente, miró asustado al egipcio que yacia en tierra, y salió pálido y temblando en la direccion del hombre que desapareció con Ione.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Indice de las materias contenidas en este tomo.

PAGINAS.

INTRODUCCION I

CAPITULO I.—Las calendas de Enero ó el año nuevo.—Dos desgraciadas.—Trajes pompeyanos.—Los carruajes.—El bidental.—Contrastes de la vida..... 1

CAPITULO II.—La Bahía de Pompeya.—Un diálogo entre alegres jóvenes.—La Campania.—El ministro de Isis..... 13

CAPITULO III.—La calle de las tumbas.—Casa de campo de Diómedes.—Plinio y la hija de Diómedes..... 22

CAPITULO IV.—Templo de Isis.—Oráculos.—El populacho de Pompeya.—Respuestas de la diosa..... 30

CAPITULO V.—Arbace y Caleno.—Proyectos del primero.—El gladiador Tetraide y Caleno..... 37

CAPITULO VI.—A caza de hermosas.—La fullonica.—La madre y la hija..... 41

CAPITULO VII.—Eutima.—Un sentimiento puro del corazon.—Una visita importuna.—Temor y disimulo.—Un paseo..... 47

CAPITULO VIII.—Un filántropo.—Amor filial.—Un encuentro.—Una estratagema..... 51

CAPITULO IX.—Glauco.—Casa de las columnas de mosaico.—Nidia y su señor.—Un secreto del alma..... 60

CAPITULO X.—Descripcion general de las casas de Pompeya.—Ione.—Historia de Nidia..... 66

CAPITULO XI.—Sospechas de Marcio.—Su resolucion.—Entrevista con Eutima.—Los acontecimientos diarios de la ciudad ó del pueblo romano.—Un pensamiento 74